

JUAN BENET. Visitas de 1 a 12

Cuando le dije Que no necesitaba esa explicación pareció muy sorprendido; no de mi actitud ni de mi mayor o menor disposición a aceptar el misterio tal como lo presentaba sino de haber tomado sus palabras demasiado al pie de la letra, como un ensayo de interpretación que excluía cualquier otro.

«Como mucho», me dijo, como una simple exposición pues — tras mucho cavilar acerca de ello— había terminado por creer que una detenida y detallada exposición del conjunto era más que suficiente para la comprensión del mismo y su interpretación a gusto del observador.

«El misterio nace del conjunto», añadió con un tono de suspicacia para referirse a un término que yo había introducido en la conversación, y no de cualquiera de las partes. Por eso había intentado interpretarlos simultáneamente, desde un punto de vista que los abarcara a todos de una vez.

Confesó que en un principio había supuesto que se trataba de un conjunto de hallazgos al que había que poner orden para interpretarlo de manera correcta. Mejor aún, que todos a la vista parecían estar invitando al observador a buscar aquella combinación ordinal que produjera la lectura más sugerente y reveladora.

Guiado de esa idea empezó a hacer todas las permutaciones posibles, como si se tratara de los naipes de una baraja, procedimiento que pronto abandonó por estéril y más aún cuando calculó que el número de ellas se aproximaba a los quinientos millones.

En otro momento optó por atribuir a cada lámina algún carácter epigráfico y ensayar su posible enlace por diferentes asociaciones, como si se tratara de letras para formar palabras o elementos simples con los que crear composiciones.

Tampoco ésto le condujo a un resultado concluyente aun cuando le sirviera para establecer ciertos parentescos entre las láminas, tomadas por parejas, tríos o cuaternios, lo que permitiría luego establecer un número limitado de grupos.

Se hallaba en ese momento cuando hizo otro descubrimiento importante; para sus primeras combinaciones había partido de los rasgos primarios pero tras tantas horas de observación había advertido la existencia de otros rasgos secundarios mucho menos perceptibles que insinuaban la posibilidad de establecer otros vínculos que no excluían a los primeros sino que los complementaban con otras familias de enlaces.

De ese modo había podido desechar algunas combinaciones que antes había dado por firmes al tiempo que introducía otras nuevas en las que no había pensado. Esta fase de experimentación le llevó tanto tiempo como la primera y al término de la misma llegó a la conclusión de que un número finito y bastante reducido de combinaciones era suficiente para sus propósitos.

Eran por consiguiente composiciones binarias, ternarias y cuaternarias que producían los resultados más próximos a los que había esperado. Quiso decir que no arrojaban exactamente lo que había esperado pero se aproximaban mucho a aquella difícil y tal vez inaccesible meta; esto es, que la distancia entre lo buscado y lo obtenido ya era mínima y había agotado el camino para reducirla aún más.

«Tal vez es tan sólo una cuestión de amor propio», le dije yo sin pensarlo mucho y creí advertir en su mudo gesto una casi involuntaria y amagada réplica que no ocultaba su desencanto. Pero me equivoqué una vez más porque ni mucho menos había echado en saco roto mi observación. Por el contrario, no hacía más que darle vueltas y considerar hasta qué punto estaba en lo cierto.

«Faltan dos o sobra uno», dijo tras un largo silencio para añadir después: «pero todo puede ser. Eso es lo importante, todo puede ser». Entonces abrió el puño izquierdo que había mantenido cerrado o al menos con la palma oculta a mi vista y me mostró un jeroglífico dibujado sobre ella con tinta negra, con rasgos entresacados de las láminas, y en los que con dificultad se podía leer algo parecido a «amor propio».

Texto que acompaña una edición de 12 serigrafías de F. Amat.
Galería Nieves Fernández-Yerba. Madrid, 1989.

JUAN BENET. Visits from 1 to 12

When I told him I didn't need that explanation he seemed very surprised; not at my attitude or at my greater or lesser willingness to accept the mystery just as he presented it, but at the fact that I had taken him so much at his word, like a performance rehearsal that excluded any other.

“I eat a lot”, he said, as a simple exposition since – after having pondered it deeply – he had come to believe that a thorough and detailed exhibition of the whole oeuvre was more than enough for its understanding and its interpretation on the part and according to the tastes of the observer.

“The mystery is born from the whole”, he added, in a tone of suspicion regarding a term I had introduced into the conversation, and not from any of its parts. For this reason, he had attempted to interpret them simultaneously, from a viewpoint that would embrace them all at one and the same time.

He confessed that at first he had supposed that it was a set of discoveries which he had to put in order so as to interpret it correctly. Better still, that they all seemed to be inviting the observer to seek that ordinal combination which would lead to the most suggestive and revealing reading.

Guided by this idea, he began to make all the permutations possible, as if playing with a pack of cards, a procedure he soon abandoned as being sterile, above all when he had calculated that their number came to nearly five hundred million.

At another moment he opted for attributing to each plate some kind of epigraphical character and experiment with their possible links through different associations, as if they were letters to form words or simple elements with which to create compositions.

But neither did this lead him to any conclusive result, although it did allow him to establish certain relationships between the plates, forming pairs, trios or quartets, which permitted him subsequently to decide on a limited number of groups.

He was at this stage when he made another important discovery: he had based his first combinations on primary traits, but after so many hours of observation he had noticed the existence of other, far less perceptible, secondary traits which suggested the possibility of other links which, rather than excluding the first, would complement them with other families of relationships.

In this way he was able to reject some combinations which he had by then taken as fixed and introduce new ones he hadn't previously considered. This phase of experimentation lasted as long as the first, and at the end he came to the conclusion that a relatively small, finite number of combinations was sufficient for his purposes.

It was therefore binary, ternary and quaternary compositions that produced the results that came closest to what he had sought. It wasn't exactly what he had expected but it wasn't very far off from that difficult and perhaps inaccessible goal, that is, that the distance between the sought and the found was by now minimal and he had exhausted the means to reduce it further.

“Perhaps it's just a question of self-esteem”, I said without having thought much about it, and I thought I glimpsed in his mute gesture an almost involuntary, hidden response that could not conceal his disenchantment. But once again I was misled because my observation, far from having fallen on deaf ears, was being turned over in his mind to see how far it was true.

“There's two too few or one too many”, he said after a long silence, later to add: “But everything's possible. That's what's important, everything's possible.” Then he opened his left fist, which he had held closed or at least with his palm hidden from my sight, and he showed inside a hieroglyphic written there in black ink, with traits taken from among the plates and in which it was just possible to read something similar to “self-esteem”.

Foreword to an edition of 12 serigraphs by F. Amat. Galeria Nieves Fernandez-Yerba. Madrid, 1989